

Varios autores, bajo la dirección de Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA y Miguel ALONSO BAQUER: *Historia social de las Fuerzas Armadas Españolas*, 3.^a edición, 8 volúmenes, Alhambra, 1986.

Al cabo de dos semanas largas, durante las que uno ha procurado pasearse con algún sosiego y creciente curiosidad por las 2.114 páginas de esta historia, se ha visto lo bastante para estar seguro de que, al presente, apenas cabe más que dar señales de cata acerca de ella. Cualquier otra pretensión resultaría un atrevimiento, un desprecio, una presunción. Uno no tiene todavía el talento mágico de quien ha podido, de hoy para mañana, sentenciarla con caracteres rotundos, que constituyen una variedad tipográfica que se usa con frecuencia, aunque no figure en los catálogos con su nombre expreso.

Lo de la cata está dicho con toda la intención, porque los libros tienen algo de vinos, cuya última valoración no sólo depende de lo que se perciba al beberlos, sino de las consecuencias de su digestión y paso por el organismo. Como dice uno de los supremos jueces en la materia —que se llama Jesús Anadón—, «lo que me parece este vino ya se lo diré a usted mañana por la mañana...». Sin que esa medida de prudencia impida manifestar lo que el paladar percibe con un primer saboreo atento de la materia en cuestión.

Parece que esta obra va a resultar imprescindible —al menos por su contenido material de datos, por su nuevo encuadre del tema y por su extensión— para cualquier planteamiento serio de la *cuestión militar* en la pasada y aun presente sociedad española. Aun partiendo del supuesto de que la obra esté concebida y expresa, hasta cierto punto, desde el lado militar de la *cuestión*. Lado que, en cualquier caso, resulta tan respetable

como cualquier otro, con tal de que en ellos haya un afán documental, un criterio válido y una aportación significativa para nuevas y cada vez más perfectas realizaciones.

La *cuestión militar*, es decir, la existencia del hecho militar como vigilancia, tutela, amenaza o sustitución de la sociedad constitucional y políticamente organizada, ha estado en la Historia de nuestros últimos cien años —escasos quizá— y su pulso no queda tan lejano para que nadie pueda darla por olvidada. Todo esfuerzo, por menguado que fuera, encaminado a superarla, capaz —incluso— de provocar su definición, planteamiento y clarificación definitiva, es y será un esfuerzo histórico del mayor valor y el mejor cuño, que va a contribuir, aunque fuera como revulsivo, a que la *cuestión militar* pase a la historia, porque el entendimiento de su génesis, el esclarecimiento de su condición y la falta de razones para su permanencia hagan que lo militar entre, de una vez, a encarnarse en la sociedad, como un valor civil más, en vez de permanecer en ese área equívoca, entre marginal y tutelar, donde fuerzas casi siempre no militares la han ido situando. La contraposición entre lo militar y lo civil —que comportaría la oposición entre lo militarizado y lo civilizado— es, probablemente, el tuétano de la cuestión, al que nunca podrá llegarse sin un conocimiento serio y profesional de lo que han sido y deben ser los ejércitos, de los orígenes y vicisitudes que han dado lugar a la *cuestión militar* y de su comprensión por una sociedad que debe integrarlos en su propia sustancia.

El militar bien entendido, en efecto, es un ciudadano (*cives*) cuya condición de soldado (*miles*) en la sociedad moderna no significa una contraposición, sino una cualificación. Un ciudadano que en modo alguno debe sentirse un unguido, que en modo alguno debe ser considerado como un paria. Y como esta condición no es un obsequio constitucional, no es un adorno jurídico, sino que es un hecho indiscutible, resulta que de su entendimiento y conocimiento vendrá el final de la *cuestión* y su paso a los archivos de la Historia. De esto y no de lo contrario: el encastillamiento en las posiciones extremas, ardorosa y pomposamente mantenidas, eternos estorbos de la claridad, de la comprensión, del final entendimiento. De esto y no de mal diagnosticadas heridas del honor, de frivolidades descalificadoras o de desvergonzadas manos que se benefician en atizar la lumbre.

Esta *Historia social de las Fuerzas Armadas Españolas*, en el más modesto y peor de los casos, sería un establecimiento sin precedentes —por su entidad y por su esfuerzo— a partir del cual, por el conocimiento del pasado, por el análisis de las causas y la medida de los efectos, por la clarificación —y descalificación— de las animosidades atizadas, por la valentía de afrontar la historia militar como entroncada en la sociedad, podrá llegarse antes y con menor cansancio a lo alto del entendimiento de la *cuestión*, que con ello quedará —y sólo con ello— superada.

Del paseo primero, aunque sosegado, a través de este gran espacio de sus páginas deduce unó, por ejemplo, que el ejército español fue durante el siglo XIX un ejército la mar de *prosódico*, por su afición o facilidad

para el pronunciamiento. Y que sólo se convirtió en *cuestión militar* a raíz de la liquidación de las colonias. Cosa que ya se sabía, al menos desde que en los primeros años del siglo lo dejó claro don Miguel de Unamuno; pero que no podía deducirse —hasta ahora— de una historia concebida y hecha en *área militar*. Lo cual parece muy significativo, respecto del valor de conocimiento que se adivina en estos libros.

De ese olfato, de esa primera cata, llega uno a deducir que una milicia casi siempre mal dotada, sobre la que cayó la responsabilidad superficial del desastre de fin de siglo, fue excitada en su amor propio, exaltada en su temperamento, disparatada a un mesianismo de patria tanto desde las alturas de los interesados por el poder como desde las bajuras de los empeñados en destruirle. Con un largo vacío en el que la sociedad —acaso porque tampoco disponía de sí misma— fuera capaz de asumir la realidad militar como integrante de la realidad propia, así: con realismo.

Es claro que ahora, cuando todavía andan enredando quienes quieren seguir sirviéndose del ejército; cuando con frecuencia devastadora están ahí los que asesinan a sus miembros (que nada tienen que ver en sus pleitos ni en sus monsergas) con el único afán de utilizarle, resulta muy difícil que un estudio militar consiga una historia desapasionada; que logre la neutralidad del laboratorio. Pero es de admirar que así, sin perder el amor propio, se haya zambullido en el pasado y en un pasado no exclusivo ni doméstico, no castrense, sino generosamente histórico, socialmente genérico. Que no se haya conformado con lo técnico, con lo profesional, sin que lo haya incardinado en la realidad común, social de nuestro pasado histórico.

Si de ello hiciera falta una muestra, baste decir la atención —la extensión— concedida a los ejércitos en Ultramar, y muy principalmente en América, como parte de lo principal que América ha sido —y es— en nuestra Historia. En cinco de los ocho volúmenes la atención de los historiadores se centra en América. No para cantar gestas. No para contar batallas. Sino para manifestar —incluso gráficamente— cuál fue el origen, cuál el establecimiento y cuál la descomposición de los ejércitos españoles en América; en qué marco de posibilidades se desarrolló su vida; cómo entró en ellos la sociedad en la que vivían, cómo padecieron los males genéricos de nuestra sociedad en cada tiempo y en sus consecuencias, desde sus orígenes históricos —como tales ejércitos— en el siglo XVIII, hasta la hecatombe de las vísperas del siglo XX. Si hubiera que confirmar el testimonio, bastaría con ponderar la atención —la extensión— dedicada a lo que uno gusta de llamar, peregrinamente, el Ejército del Mar.

Han hecho esta obra —suma de esfuerzos, convergencia de concretas dedicaciones— once militares historiadores y ocho universitarios conocedores de la Historia militar. Dios les librara de resultar inefables. Pero nadie va a quitarles un adarme del provecho de su obra. Sobre la cual cabe toda la capacidad de entendimiento, de esclarecimiento, de comprensión y solución de la tercera *cuestión militar*, que sólo va a pasar a la historia así, con una voluntad de conocer, a partir de la cual las posiciones extremas se alejen hasta perderse en la insignificancia. Con claridad, lejos

de lo sanguíneo; pero también de lo sangriento. Lejos de aquel desvergonzado aforismo estético que atribuía «a mal Cristo, mucha sangre».

JOSÉ LUIS HERRERA

GIRARD, Rafael: *Historia de las Civilizaciones Antiguas de América*, 3 tomos. I: XXI + 766; II: XIX + 897; III: XVI + 806 páginas. Editores Mexicanos Unidos.

La clave del conocimiento profundo de la historia indígena americana reside en la estructura y contenidos simbólicos de sus mitos. Sin éstos, esta historia parece estar a menudo limitada por una reducción cronológica cuyos únicos testigos parecen ser los productos o restos de cultura material que nos llegan en forma de yacimientos y de excavaciones meticulosamente emprendidas por los arqueólogos americanistas.

Las fuentes habituales de esta historia indígena de América son múltiples, pues entran en ella las arqueologías, las lingüísticas, las etnografías y las bioantropologías. Todas ellas trabajan de consuno y son complementarias entre sí. Pero ciertamente sus testimonios acaban convirtiéndose a menudo en hipótesis de trabajo y en historias conjeturales cuando se trata de reconstruir la «prehistoria» de estos pueblos, por lo menos en lo que hace referencia a la cultura social y espiritual de las primeras poblaciones americanas. Y, desde luego, está inédito todavía el documento que nos permita determinar cómo era la estructura de personalidad de los pueblos indígenas americanos más atrás de los relatos obtenidos de informantes que, por tradición oral o por conocimiento directo, pasaron a los cronistas de Indias sus escrituras y sus datos históricos.

En estos términos, las diferentes arqueologías, a menudo reducidas a tipología, estratigrafía y cronología, se han ocupado poco de la interpretación de los niveles simbólicos, y en éstos de las mitologías que nos llegan a partir de la tradición oral y de los documentos asimismo orales que nos comunican personas concretas en muchas comunidades indígenas actuales. Muchas tradiciones mitológicas de los indígenas americanos son comunes a todos ellos o tienen una amplia extensión dentro del conjunto americano. Y, desde luego, son frecuentes los mismos temas.

Esto último da a entender la existencia de un origen común, en algunos casos, o de una convergencia que en otros sentidos podría atribuirse a la presencia de un inconsciente colectivo a la manera jungiana. En este contexto, son abundantes los materiales míticos de que disponemos, especialmente recogidos por la Etnología, por lo cual estamos en condiciones de iniciar ya una reconstrucción de la historia indígena americana a través del mito, sobre todo teniendo en cuenta que virtualmente todos los pueblos indígenas americanos ofrecen registros de un pasado mítico que en lo profundo de su inconsciente se revela como la forma propia de transmitir su historia a las generaciones.